MISCELANEA SEMANAL DE EL ATLANTICO.

HOJA XXVIII. AÑO I.

SANTANDER.—LUNES 26 DE JULIO DE 1886.

EL PAJARO DE AGLAYA.

¿Leíste alguna vez allá en el Tasso
La suave historia del jardín de Armida?
¿Del pájaro te acuerdas prodigioso
De varias plumas y de rojo pico,
Que con humana voz allí cantaba
La vida del amor y de las rosas,
Las rosas codiciadas
De mil amantes y de mil doncellas,
Para adornar con ellas
La tersa frente ó el mullido seno?

¿Recuerdas cómo el pájaro encantado
Después con sabia lengua refería
Cuál pasa y se marchita la lozana
Unica flor que en la existencia crece,
Y que apenas florece
Cuando quema sus hojas el estío?
¿Recuerdas el dulcísimo consejo
Con que acabó sus pláticas el ave?:
«Cojed la rosa mientras dure el Mayo:
Agotad el perfume de la vida
Mientras hierva en el fondo de su copa
La regia prez del oloroso vino:
Recorred triunfadores el camino,
Como en antiguas fiestas los mancebos,
Corriendo en el estadio, se arrancaban
Las sagradas antorchas de las manos.»

Yo pienso, mi señora,
Que el ave aquella, cuya estirpe ignoro,
Alta filosofía
Aprendió de otros pájaros doctores
Y aun de otras alimañas más oscuras
En Oriente y en Roma y en Atenas.
¿Quién me diera entender su algarabía
Y declararte su sentido arcano?
Dicen que Salomón le comprendía.

Sólo sé que esa voz, detenedora
Del mísero Reinaldo en la espesura
Bajo el poder de la celosa maga,
Era la voz de tórtola judía
Que gime en el *Cantar de los cantares*;
La voz de anacreóntica paloma
Donde hasta el himno se transforma en beso;
Del persa ruiseñor la melodía
Que de Jafiz en el *Diván* resuena,
Y hasta el chirrido alegre y discordante
Con que alivia al cansado caminante
La cigarra del Ática en estío.

Es ley de amor que se revela al mundo,
Y si ese amor invade
Alma gentil de sus misterios digna,
Espárcese en la vida un penetrante
Lánguido aroma de azahar oculto,
Y acuden en tropel los ruiseñores,
Cantando sus amores,
A anidar en el alma enamorada
Y á celebrar sus inmortales bodas.

Y hoy anidan en mí; pero uno solo
Rompió su cárcel por buscar tu seno,
Y no encontró calor, y abatió el ala,
Y encadenado gime
Bajo el imperio de tu blanca mano
Entre las redes de artificio sabio:
Él te podrá contar en la alta noche
Lo que nunca decir osó mi labio,
Que él sabe mis ocultos pensamientos
Y es docto, como el pájaro de Armida.

M. Menéndez y Pelayo.

EL P. COLOMA

(A mis queridos amigos y compañeros don José Zumelzu y D. Enrique Menéndez Pelayo.)

Por mucho que viva y mucho que escriba, nada escribiré con más satisfacción que este artículo, y ninguna tarea me será más agradable que esta que emprendo ahora, intentando juzgar los libros del jesuita cuyo nombre, ya ilustre, encabeza estas líneas.

El convencimiento moral y religioso y las puras ideas estéticas han despertado en mí, examinando las *Lecturas Recreativas* y *Pilatillo*, un entusiasmo tal, que en vano intentará la pluma expresar claramente el espíritu que la mueve y el pensamiento que la inspira. Porque, en medio de esta podredumbre y miseria, á veces artística, que estamos condenados á aprender en libros y en periódicos, en medio de esta atmósfera literaria, antes serena y pura, que tantos envenenan, es consolador, y muy consolador leer novelas como las del Padre Coloma, que, adornadas con todas las elegancias del estilo más brillante y las galas del lenguaje más castizo, tienen su base y su fundamento en las páginas inmortales de nuestros místicos, en las más delicadas lecciones morales, en la observación más atenta y mejor dirigida, en la intención más santa y en el gusto más exquisito.

Hemos llegado, por desgracia, á unos tiempos en los que todo se ha prostituido, alcanzando al arte no poco del fango amasado en el triste camino que recorremos por la mala voluntad y las ruines pasiones. Y así resulta que, aunque fuera exacto que la novela, como afirma en el prólogo de sus *Relaciones* el docto catedrático del Colegio de Orduña, *«es peligrosa y perjudicial en todas sus manifestaciones»*, es ahora de absoluta necesidad para combatir en el propio terreno del adversario y batirle con sus mismas armas.

Es cierto que la novela, como género de poesía, aun inspirándose en la realidad, tiende al idealismo y exalta la imaginación del lector, obligándole á forjar en su fantasía un mundo no existente, en el cual él mismo, convertido en el personaje que más ha excitado su interés, vive la misma vida que de aquél se ha contado en el libro; pero no es menos cierto, asimismo, que la novela bien estudiada y bien sentida, animada por sanos pensamientos y sanos propósitos, es una inmejorable regla de conducta y una profunda lección moral que el lector debe aprovechar en todos los instantes.

Por otra parte, los argumentos que contra la novela se exponen no la alcanzan á ella como género literario; afectan sólo á la novela obra del escritor. El género novelesco, que tantos cultivaron sin apartarse de las buenas doctrinas y manifestando en él su acertado modo de pensar, es el más perfecto, el más artístico, el más amplio, el más profundo, el más aceptado, el más general de los géneros literarios. El género novelesco, sin importancia en los pueblos antiguos y de influencia extraordinaria en las sociedades modernas, sub-género de la epopeya, como muchos han dicho, no está reducido á las novelas de Víctor Hugo, Houssaye, Zola, Dumas hijo, Sué y otros, cuyas ideas y tendencias se han combatido tantas veces. El género novelesco, aunque se haya aprovechado para la corrupción y la propaganda viciosa, no está naturalmente encaminado á ser el demoledor constante de los más caros intereses sociales, ni á convertirse en fiero ariete sin reposo que destruya en contínua labor las inquebrantables bases de la Religión y la Moral.

No importa, pues, que mal empleado y envilecido, pase de contrabando en el folletín del periódico *«lo más corruptor en el orden privado y lo más peligroso en el orden público»*; ni importa tampoco, para examinar su mérito intrínseco y verdadero, que la seducción y el error atraigan en novelas notabilísimas, frutos de talentos incomparables: esto es digno de lamentar, pero no de servir de argumento en contra del repetido género literario. Lo acertado sería volver, por su medio, por los fueros de la razón y de la virtud, de la decencia y de la verdad. ¿Por qué el P. Coloma, que tiene facultades para ello, no ensancha el campo de sus trabajos, é, imitando á Pereda y Alarcón, entre otros, no escribe una novela como *De tal palo...*, *Don Gonzalo*, *La mujer del César* ó *El Escándalo*?

***

Las *Lecturas recreativas* son unas novelitas ó cuentos en que todos han encontrado el espíritu de Fernán Caballero; sencillos unas veces, de grande alcance y profundidad otras, siempre bien concebidos y perfectamente relatados.

Quizás á algunos lectores demasiado superficiales, más aficionados á *conflictos* de relumbrón que á ocultos exámenes psicológicos, parezcan las *Relaciones* del P. Coloma narraciones inocentes y clericales. Pero aquel que, al paso que lee, medita un poco y está acostumbrado á las puras emociones literarias, encontrará de seguro en esas *novelas cortas*, publicadas, antes de ser coleccionadas, en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, un fondo nada despreciable de observación y sentimiento, á la vez que una felicísima facultad para pintar *tipos* y describir escenas andaluzas.

Y aunque algunos de los cuadros que forman los dos tomos que hasta ahora han visto la luz son tal vez muy sencillos y ligeros, la inmensa mayoría de ellos desenvuelve un pensamiento muy digno de ser expuesto en algunas docenas de páginas. Brilla en todos una observación segura y delicadísima, reveladora de un profundo conocimiento del corazón humano, adquirido, sin duda alguna, con el ejercicio del santo ministerio del autor, y hállase en ellos, á cada momento, un brevísimo análisis de *causas* y *cosas*, no por lo breve menos exacto, que acusa la idoneidad del escritor para empresas de más importancia.

Eslabonando ideas y hechos, causas y consecuencias, productos de la educación é influencias de circunstancias exteriores, manifestaciones de la conciencia y exigencias de la sociedad, el jesuíta novelista ha presentado, en un estilo encantador, escenas y problemas que el lector saborea satisfecho, admirándolo todo, pensamientos y frases. Y lo mismo los moradores de los palacios aristocráticos que los humildes individuos del pueblo bajo de Andalucía, dibujados con calor y facilidad en muy brillantes pinceladas; lo mismo las correctas conversaciones de las personas bien educadas, que el habla grosera y pintoresca de los aldeanos y los menestrales, han quedado esculpidos con maestría y arte en páginas breves y sencillas, cuya lectura bien merece recomendarse.

Es difícil y trabajoso examinar cada una de las novelitas aludidas, y además de trabajoso y difícil inoportuno en este momento. Justo es, sin embargo, consignar que *El primer baile*, acabado modelo de gracia y delicadeza; *Hombres de antaño*, preciosa narración histórica; *La Resignación perfecta*, *fábula ascética* que conmueve y encanta; *La primera misa*, cuyo fondo y cuya forma lo elevan á ser, acaso, lo mejor del libro; *El viernes de Dolores*, relación tiernísima en que figura la ilustre Marquesa de Arco Hermoso; *Fernán Caballero*, *La Pascua Florida* y *El cuarto ayunar*, en que hay un D. Justo que, sin saber por qué, me recuerda el D. Valentín del maestro montañés; *Polvos y lodos*, prueba bien concluyente de todo lo indicado arriba; *Cain*, que enternece y asusta; *Ronaque*, rival de *La primera misa*, y otras varais, como *La camisa de un hombre feliz* é *Historia de un cuento*, verdaderos *cuentos populares* parecidos á los de Andersen, los de Grimm y Antonio Trueba, constituyen unas novelitas de gran mérito, que elevarán á su autor á una envidiable altura.

***

El libro más extenso y más importante del modesto hijo del gran San Ignacio es *Pilatillo*, juzgado ya favorablemente, con sin igual competencia, desde este mismo sitio, por pluma más experta y galana que la que intenta hacerlo ahora.

La eterna debilidad humana, que obliga pecaminosamente al hombre á desoir los consejos salvadores de su conciencia, predispuesta al bien, y á pisar los caminos del mal, aparentemente floridos y fáciles, por temor á las risas de los réprobos y siguiendo las excitaciones de los malos, es la piedra fundamental y censurable, gérmen de frutos podridos sobre que giran las aventuras de Gabriel—*Pilatillo*, según le llamaba el Padre Velasco—al ser trasladado de repente de la vida estudiosa, tranquila y recogida del Colegio, á la peligrosa, independiente é insegura de la Universidad. El *respeto humano*, tan mal entendido y atendido, ligando con brazos de hierro la débil voluntad del joven estudiante, le atrajo primero, torció su camino después, y al fin, cegándole enteramente, le obligó á abandonar sus cuotidianas obligaciones y le condujo á la triste cama de un hospital, semejante á *«un ataud de lienzo»*, después de haberle llevado de la calle de las Sierpes al campo de Tablada, y de aquí, en compañía del chulo *Desperdicios*, al café de Emperadores, á la casucha de doña Joaquina y á la lidia del *toro del aguardiente*.

Desde la edad *«de la santa infancia del corazón»* hasta la hora del primer encanallamiento, que el arrepentimiento borra, va siguiendo con paso ligero el novelista, revelando sus muchas facultades, los pensamientos y los actos del *guapo* Gabriel. Y aquí, dejando un instante libre la pluma, le presenta vistiéndose delante de un espejo, recordando con gratitud profunda á los que habían sido sus maestros y preceptores, comparando la sujeción de entonces con la libertad de aquellos momentos; más tarde le pone en comunicación con el deslenguado Jarcia, su paisano y vecino, dechado perfecto del estudiante perdido y holgazán; después le hace presenciar, recostado en una *victoria*, más allá de las delicias de Arjona y entre una muralla de coches y jinetes, los magníficos toros que habían de lidiarse en la próxima corrida; al poco rato, le coloca en lucha constante con su conciencia, junto á la sucia mesa de un café, á cuyo derredor se sientan estudiantes sin vergüenza y *Frasquito Muñoz*, el chulo cobarde é innoble, magistralmente dibujado; al amanecer del día siguiente le lleva á presenciar embriagado y á tomar parte influído por el alcohol, en el encierro de los toros, haciéndole contemplar en lo posible aquella escena maravillosamente descrita, verdadera saturnal de estos tiempos, mezcla de los horrores y las repugnancias del *Spoliarium* y las frenéticas orgías de la decadencia romana; al fin le conduce á puerto seguro, tras las angustiosas horas del Hospital, y vuelve á presentársele al Padre Velasco, que le consuela y le anima cariñoso y le entrega una gran fotografía representando á San Pedro en el atrio de Caifás, que Gabriel conserva en un marco para legarla á sus hijos, y cuya vista le hace llorar dulcemente, recordando las vergüenzas de aquellas horas.

Y el que lea con atención las 76 páginas que forman esta breve novela observará, como ha observado el que esto escribe, que, descendiendo de las *causas* á las *consecuencias*, se cumplen en ella las teorías tan hoy en boga. Sin afectarlo y sin pretender que todos se fijen en ello, con la natural espontaneidad de los inmortales, imitando, sin darse cuenta, las reglas seguidas en las obras maestras, el notable novelista ha llevado á Gabriel, por pasos contados y conforme á las invariables leyes, hasta aquello á que tenía que llegar, *dado su carácter y las circunstancias que sobre él influyeron*. Sin hacer, como los novelistas franceses, disertaciones pesadas é inoportunas; aparentando penetrar hasta lo más íntimo de los pensamientos del personaje y analizando órganos, fibras y músculos con ojos de cirujano y no de artista; sin distraer el ánimo del lector con divagaciones sin término y estudios extraños en aquellas páginas, el P. Coloma lo ha desmenuzado todo, lo ha examinado todo, y ha enterado de todo, inconscientemente, al que ha querido comprenderlo. Y Gabrielito Fonseca *descendió* por el plano inclinado que las circunstancias colocaron delante de sus pies, en virtud de impulsos más verosímiles y más brevemente explicados que aquellos otros de otra clase y de más larga exposición que consiguieron otros efectos con *Juan Gaussin*, *La de Bringas* ó *Ana Ozores*.

. . . . . .

Al principio lo he dicho, y considero conveniente repetirlo antes de terminar: en medio de todas las miserias por que atravesamos y las deletéreas predicaciones que se escuchan en todas partes, consuelan al ánimo afligido libros como los que quedan examinados.

Epoca esta en que vivimos de materialismo y de duda; brillando en todas partes lo malo, y desconocido lo bueno; saliendo á cada paso un enemigo de lo santo y lo noble; erizando de espinas el suelo por el que caminamos; helados por el frío del positivismo las sanas ideas y los generosos propósitos, ¡qué tiene de extraño que, al notar un nuevo combatiente del lado de lo bueno, el pecho respire con placer y el alma henchida de alegría prorrumpa en incesantes aplausos, saludando entusiasmada al que hace renacer su confianza!

Podrá, á veces, cierta errónea separación que uno hace de lo bello y lo bueno; podrá la imparcialidad y la sinceridad en los juicios obligarme á reconocer excelencias, aplaudir arranques, admirar méritos de los que, aunque extraviados y ciegos, demuestran en sus libros talentos y facultades extraordinarios; pero nunca se ocupa la pluma en esta labor con más contentamiento que ahora; nunca vuela con más ligereza sobre el papel expresando lo que le dictan, y la dicten con gozo; nunca escribe con más satisfacción que en este instante, á excepción de cuando la guían, además de todas esas consideraciones, el paisanaje y el cariño, no cansándose de decir una y otra vez, para que llegue á oídos de los escritorzuelos de pacotilla y de los oradores de *Club*, que el P. Coloma es un literato de primer orden y que, fiel continuador de aquellos otros sus antecesores en la Compañía que se llamaron Mariana, Ribadeneira é Isla, y digno rival de los PP. Bresciani, Franco y otros colaboradores de la *Civiltá Catolica*, hace renacer las gloriosas tradiciones españolas.

Pedro Sánchez.

24 de Julio de 1886.

ENTRE BASTIDORES.

LA PRIMERA ACTRIZ.

(Conclusión).

—¿Quién? pregunta doña Angustias.

—Yo, Galíndez, dicen desde el pasillo.

Se abre la puerta en seguida, porque se trata del autor de la casa más aplaudido, que entra, saluda con bromitas, y toma asiento.

Pepita sigue echándose polvos de arroz.

—Estoy muy incomodada con Vd., Galíndez, exclama de repente.

—¿Y por qué, hija mía? pregunta el aludido.

—Hombre, hágase Vd. de nuevas. ¿Le parece á Vd. que es *de mi categoría* el papel que Vd. me ha repartido en la comedia nueva?

—Sí, señora.

—Claro: la primera dama que no hable más que dos pliegos y la característica que hable siete.

—¿Quiere Vd. cambiar con ella y *caracterizarse* de anciana?

—No, señor; lo que quiero es que Vd. no me rebaje.

—Pero, hija mía, ¿no es Vd. la dama de la obra? Pues ¿qué culpa tengo yo de que el papel no haya dado más de sí?

—¡No me venga Vd. con pamplinas! Que si Vd. hubiera querido sería mejor.

—Más largo.

—Justo, y por lo tanto, mejor. Por supuesto, que por ser la obra de Vd. no le he devuelto.

—Muchas gracias.

—Hace tres ó cuatro noches le devolví uno á Gutiérrez.

—Y con mucha razón, añade doña Angustias; figúrese V. que le da á Pepita un papel todo de *bocadillos*, y sin un mal*parlamento* siquiera: ésta, como es natural, se puso furiosa y le quiso decir una porción de desvergüenzas al autor; gracias á que estaba yo aquí y procuré que se conociera que somos personas de educación y de principios.

—¿Y no dijeron ustedes nada á Gutiérrez?

—Nada; yo le dije con mucha finura: cuando escriba V. papeles como éstos, se los reparte V. á su abuela.

Pepita, que ha concluído de acicalarse, se pone de pie frente á frente de Galíndez, y entre sonriente y enojada le dispara su *ultimatum* en estos términos:—Si antes de que termine la temporada no me escribe V. una comedia *expresamente para mí*, no vuelvo á trabajar en ninguna de su repertorio.

—Procuraré complacer á V.

—Ya lo creo, exclama doña Angustias, por la cuenta que le tiene.

Se presenta en la puerta el segundo apunte:—Señorita Paredes, á escena;—y sale Pepita corriendo como alma que lleva el diablo.

En ocasiones Pepita tiene novio, y doña Angustias, según su propia frase, las pasa negras.—Como aquí dentro hay tan malas lenguas, y á mi niña está deseando meterle el diente la calumnia, y como yo no quiero pasatiempos, sino relaciones formales, y como hay tanto pillo...

Si el novio es un autor, y ha escrito muchas obras y se las han aplaudido, entonces la expupilera no cabe en sí de gozo, y experimenta la propia satisfacción que si se hubiera enamorado de su hija el czar de todas las Rusias. Y no es que desee verla casada y asegurar su porvenir, que esto no sería extraño, y antes bien lo tengo por natural y lógico: es que el amante asegura á Pepita una contrata buena, por su influencia con los empresarios, y además, y esto es lo más importante, la garantiza que mandará en jefe y hará cuanto le acomode en el teatro donde trabaje. Verdad es que estos amoríos de actrices y autores por regla general no suelen concluir bien. Como entre bastidores parece que las familias no existen, porque jamás habla nadie de la suya, á lo mejor resulta que el autor novio de la primera actriz es casado y que tiene cinco chicos como cinco soles. ¡Entonces sí que tiene que oir doña Angustias! Ya saben Vds. como habla cuando ella dice que lo hace con finura, y pueden calcular lo que saldrá de aquella boca cuando, dejando á un lado consideraciones y miramientos, se abandona la pobre mujer á su indignación y á su enojo.

También sucede á veces que Pepita se eclipsa durante un verano, y que allá en Octubre, al comenzar la temporada cómica, se presenta en Madrid con un marido que nadie puede averiguar de dónde le ha sacado. Entonces desaparece doña Angustias y no se vuelve á tener noticias de ella. Madre y marido son incompatibles en el cuarto de una actriz, y jamás se los ha visto juntos; parece que se han refugiado en ellos los odios legendarios de los yernos y las suegras del repertorio cómico.

No se le pregunta su nombre al nuevo personaje, y en el mismo dintel de la puerta de bastidores le cuelgan, como vergonzoso sambenito, el que ha de llevar todo el resto de su vida: ya no puede ser conocido más que por «el marido de la Paredes.»

La fisonomía del cuarto de la primera actriz no varía porque ésta haya cambiado de estado; la butaca que antes ocupaba su madre la ocupa ahora su esposo; aparte de esto, todo continúa lo mismo. Siempre son dos los personas que agradecen los piropos que se dirigen á Pepita.

¡Y hay que ver al marido de la Paredes la noche en que ella celebra su beneficio, única en que el infeliz tiene algo que hacer y puede presumir que es de alguna utilidad! ¡Con qué cuidadoso esmero ordena los regalos que van llegando al saloncillo! ¡Qué escrupulosamente coloca sobre cada objeto la tarjeta del donante para que sepa todo el mundo quién fué el más generoso! ¡Y con qué candorosa ingenuidad va estimando, como quien no se da cuenta de ello, el valor de cada obsequio!

—¡Qué pendientes estos de tan buen gusto! dice un *racionista*.

—Ya lo creo, contesta el actor-consorte; como que habrán costado lo menos, lo menos cuarenta duros.

M.E.C.D. 2017

—También este abanico es precioso.

—Sí; pero en cuanto se pase de moda no dan por él dos pesetas.

Más que marido de una actriz agasajada parece prestamista que calcula cuánto podrá ganar con la venta de las alhajas que, por haber vencido el plazo del empeño, quedan de su exclusiva propiedad.

Pero cuando principia el trabajo del marido de la Paredes es cuando la familia se aumenta con dos ó tres chiquitines. Porque como Pepita tiene que estudiar, y no puede parar en casa, de día, porque hay ensayos, y de noche porque hay función, él es el único encargado de mirar por ellos. Ya se sabe: todas las mañanas le hace Pepita la misma recomendación:—No salgas. Yo, si se acaba tarde el ensayo, comeré en casa de la graciosa ó en un restaurant; por la noche, después de la función, me acompañará á casa *cualquiera*; lleva á los niños al Prado, y cuida de que no los atropelle un coche; acuéstalos temprano; que no manche Adelina el vestido; muda con frecuencia los pañales á Sisebuto, que ya sabes lo que es...

Cuando tiene algún disgusto en el teatro, es decir, cuando la falta alguien, según su frase—porque ella llama faltar á todo lo que no sea complacerla,—siempre es el pobre marido el que paga los vidrios rotos.—¡Si tú no fueras un calzonazos no me pasaría á mí esto! ¡Si tú tuvieras un poco de dignidad!...

¡Pobrecilla! No comprende que de tener algo de eso el desdichado, no se habría casado con ella para vivir de lo que ella ganara.

Se dan algunos casos en que ni el marido de la Paredes es tal marido, ni doña Angustias es su madre; pero esto, digámoslo en honra de la clase, cada día va siendo menos frecuente.

Sin embargo, hace aún muy pocos meses que el que habla, ó mejor dicho, el que escribe, oyó en el cuarto de una actriz el diálogo siguiente:

Hablaban la dueña de la casa—llamémosla así—y una de esas mujeres que venden alhajas cuya procedencia se ignora. La actriz había regañado con una compañera, y como le durase aún la incomodidad, estaba diciendo de ella perrerías. En cada silencio de la oradora, ponía la prendera el siguiente comentario:—Dígamelo Vd. á mí.

—¡Pero qué! ¿También Vd. la conoce? preguntó la actriz al cabo.

—¡Ya lo creo!—respondió la prendera....—como que estuve una temporada en el teatro Español de madre suya.

S. DE TRASMIERA.

DE PRISA Y CORRIENDO.

Ustedes me dirán de qué ó de dónde saco yo un artículo para la *Miscelánea* en este espacio de media hora que me queda libre, plazo improrrogable que me doy á mí mismo para terminar mi trabajo.

¡Es un día tan ocupado!

De misa á la feria, del Círculo á los toros, de los toros al concierto, del concerto á la iluminación.

En fin, que está uno abrumado de trabajo.

Luégo sucede que todo se conjura en contra de la tranquilidad necesaria para la labor.

El día ha amanecido espléndido, coronado de un verdadero sol de estío, de un sol *de toros*, que será como le haya calificado *Cerilla* al verle bajar echando lumbres por la cuesta.

Los pájaros deben celebrar hoy también alguna feria, y hasta puede que se dispongan á lidiar *daque* gorrión, porque están armando entre esos árboles un jaleo de dos mil diablos, y ya van tres horas de día y no llevan trazas de acabar en todo él su diana.

No debe entrar en sus cálculos el dar hoy paz á las *arpadas lenguas*.

Esto de las arpadas lenguas me recuerda un chiste (para mí de los más salados) que de *Clarín* cuenta mi excelente *Pedro Sánchez*.

Parece ser que recién llegado á Oviedo el incomparable crítico, hubo de entrar con un su amigo, que con él había hecho el viaje, en un café que hallaron al paso. Para entretener el tiempo que tardaran en servirles, *Clarín* se amparó de un periódico que halló sobre la mesa y se dispuso á echarse al coleto los versos que en lugar preeminente insertaba el diario...

Levántase de pronto como aterrorizado, deja el periódico sobre la mesa, y asiendo del bastón y el sombrero, dice á su amigo:

—¡Chico, vámonos, que aquí todavía hablan de lira!!

Y sigo con mi relación.

Digo, no sé si era relación: en fin, con lo que fuera.

En este instante cruza la calle, tocando diana, la música de Ingenieros, que se dirige á la Alameda, despertando á los perezosos, á los que anoche se quedaron los últimos en la feria, esperando á ver si se le rompía una siquiera de las cuerdas vocales á alguno de aquellos de las rifas.

Mientras escribo, voy marcando sobre la mesa con la otra mano el compás de la música...

De la misma inquietud que la mano *goza* en tanto la imaginación.

En vano trato de reducirla á este espacio de la hoja de papel.

Yo no sé qué recela de su blancura, ó qué teme de la negrura de la tinta...

Ello es que cada ráfaga de aire que entra á levantarme los papeles, se la lleva al volver á pasar por la ventana, y allá se van juntas, yo no sé á qué ni adónde, saltando árboles y tejados...

De rato en rato vuelve á ver lo que he hecho, y entablamos conversación.

—¿Acabas ya?

—Puede decirse que aún no he empezado.

—¿Cuántas cuartillas hay?

—Muchas, pero sin escribir... Ayúdame un poco.

—No me es posible; hoy es un día muy ocupado para mí.

—¿De dónde vienes ahora?

—De la corrida. ¡Chico, cómo están aquellos palcos!

—¡Pero si faltan ocho horas para que empiece!...

—Bien puede ser, no llevo nunca reloj... ¿Pero acaso no se pueden ver las cosas hasta que sucedan? Curserías que te habrá enseñado la *señá Razón*. ¿Has olvidado ya que una noche te hice asistir al Juicio final?

—Perdóname. Y escribe un poco.

—Ya te he dicho que no puedo. Mira: ahora precisamente tengo que asistir á la prueba de mantilla de aquella morena que te debe quince noches de sueño.

—A mí nadie me debe nada.

—Hazte ahora el Aquiles. Como si no supiéramos quién te tiene cogido por el talón.

—Mira, ¡no has de ser descaradota!

—Mira, ¡no has de ser hipócrita!... Conque di, ¿cómo te parece que la lleve, blanca ó negra?

—No entiendo de eso.

—Eres un majadero. Adiós.

Y se va. Y viene, en cambio, recado del director pidiendo original...

¡Pero si es lo que yo te digo! En estos días no debía haber ni periódico. ¿Usted cree que le lee alguno?

¿A qué hora?

CASA-AJENA.

TOROS.

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

. . . . . .

EL BECQUER.

Del camino en el lado derecho,
de la gente tal vez olvidada,
silenciosa, cual todo edificio,
se encuentra la plaza.
Cuánta hierba crecía en el ruedo,
como á algunos les crece la barba,
esperando que lleguen las fiestas
y quieran limpiarla.
¡Ay! pensé; ¡cuántos hombres de genio
estarán aburridos en casa
y una voz, como Lázaro, esperan
que les diga: «¡Te pago la entrada!»
Porque eso de dar catorce
reales por ver en la plaza
á *Lagartij.... a* y sus gentes,
Frascuelo, no el de la gracia
de Dios matando berrendos,
sino al *Frascuelo* de guasa,
es decir, de la familia
lo más peor que hay en casa,
es pa meditarse mucho
y pensarlo con gran calma,
que están los tiempos muy malos,
la gente muy escamada,
los billetes por las nubes
y los diestros por las charcas.
Esto no es que yo lo diga,
pues jamás me meto en nada,
sino que lo oí en el Suizo
á un amigo de la infancia,
que no tiene una peseta
para un café con tostada
y que por deberlo todo
es hospiciano de casta,
de modo que ya no sabe
ni á quién debe la lactancia.
Se habló también de los toros;
de si son de buena raza;
si saldrán casa-Bañuelos
ó buñuelos de la casa;
del accidente ocurrido
al que se quebró la pata,
con lo cual sus hermanitos,
claro, no están para nada,
y ha decidido la empresa
soltar los de Salamanca,
que siempre es bueno tener
respetos con la desgracia
y dejar á los que lloran
ciertos momentos de calma.
Hubo quien tenía dudas,
y quien tenía esperanzas,
acerca de si el ganado
cumpliría ó no en la plaza,
y por si un retinto oscuro
tenía ó no buena estampa
casi me estampan á mí
una botella en la cara.
—El cuarto será un gran bicho,
decía con voz airada
un caballero más feo
que una perrita de lanas.
—Ya sabe usted «que los toros
y las mujeres engañan»,
y esa res, en mi concepto,
no tiene la mejor traza.
—Mejor que usted.
—¡Caballero!
—Sí, señor, lo dicho, y vaya
cualquier cosa á que el torito
sale mejor que el Sagasta.
que es hombre de gran cabeza,
salvando la *comparanza*.
—Pues yo apuesto lo contrario
—¿Va la apuesta?
—Sí, aceptada.
—Voy á que es bueno dos duros.
—Soy buey dos reales en plata.
—Eso no hay que discutirlo,
pues si usted lo afirma, basta.
—No señor, no es que yo crea
en la *infusión* de las almas,
por más que en estas materias
he visto cosas muy raras,
pues hace dos ó tres años
que á un sujeto de las Caldas
se le puso en la cabeza
que había de ser res brava,
y al cabo de poco tiempo
tubo un ataque de rabia
y le dió por embestir
á las personas honradas,
tanto que hubo que poner
burladeros en la sala
pa resguardar las visitas
de ciertas intemperancias;
lo cual prueba, por lo menos,
que en este valle de lágrimas
no sabemos los mortales
la suerte que nos aguarda,
pues por algo aquel proverbio
dice «que el diablo las carga.»
Esta leyenda sencilla
de una vida contrariada
me produjo de improviso
tal impresión en el alma,
que dejé á aquellos señores
sin dar una cabezada
(por miedo de contraer
alguna costumbre mala),
y á solas conmigo mismo,
según dicen en los dramas,
encendí un pitillo virgen
y me encaminé á la plaza.
Allí estaba la crema y la nata
de todo lo bueno
en política, en letras, en artes,
en caras de gloria y en ojos de cielo.
Los que ven la corrida en los palcos,
lo mismo que el pueblo,
se reían, hablaban á gritos,
y hacían á veces su poco de estruendo,
y en mitad de tamaña algazara,
de tal desconcierto,
se colaron de golpe y porrazo
en dos delanteras de cierto proscenio
dos barbianas, con tales andares,
con tanto salero,
que un amigo que estaba á mi vera
muchacho muy listo, poeta de sexo,
las quería *jacer* de repente
un par de sonetos.
Pero ya el presidente en su palco
agita el moquero
y las gentes de tanda ó de tunda
saludan á usía y ocupan sus puestos,
por lo cual yo me agarro á la prosa
y dejo á las musas por si es que molesto.

Como todos Vds. saben ya de memoria el ceremonial que en esta clase de espectáculos precede á la aparición en la vida pública del primer bicho (que es por el que se suele comenzar), prescindimos de tales pequeñeces, y hasta prescindiríamos de buena gana del alguacil falsificao que nos ha salido en este curso académico, y que nos obsequió con una polka sencilla á contratiempo capaz de sacar de quicio á cualquier cristiano.

En fin, que se abrió la puerta de las desazones y surgió, ó cosa así, el *debutante* de la casa del Sr. Carreros, que lucía, como todos sus compañeros mártires, el distintivo negro y blanco de sus mayores.

MARQUESITO

se llamaba el tal, que por cierto se traía terno negro, mulato, listón, el número 38 en salvo la parte y un par de cuernos dignos de mejor causa.

Voluntario y de algún poder fué el titulo para la gente de acicate.

Dos buenas varas y una de refilón recibió del *Sastre*; cuatro veces mojó el *Artillero*, que vió desaparecer de entre los vivos un potro de imitación, muy bien concluído por cierto, sufriendo además una costalada de esas que estamos seguros llamarían la atención en cualquiera localidad, tanto del reino como del extranjero.

Los últimos puyazos ablandaron un tanto á la res, que hasta su muerte siguió huída y quedándose en las suertes, por lo cual se hizo de algún cuidado.

Medio par al cuarteo y medio al sesgo dejó *Galindo*, después de dos salidas en falso por taparse el bicho en este tercio; Eusebio Martínez se pasó una vez sin meter los brazos para colgar después un par al sesgo. El chico salió acosado por el *Marquesito*, que saltó la barrera á los alcances del muchacho.

Lagartija toreó de cerca y sereno, con nueve con la derecha, tres altos y uno cambiado, sufriendo una colada y un desarme, dejándose caer luégo con un pinchazo bueno al volapié.

Algunos *inteligentes*, más ó menos rurales, pitaron al matador por no tener sin duda en aquellos momentos otra cosa mejor en qué entretener sus ocios. En casos tales comprendo hasta el chuparse el dedo inclusive. Media estocada ladeada y una mijita caída, tirándose de largo, otro pinchazo en hueso y dos medias estocadas á la media vuelta la una, y á un tiempo y desprendida la otra, fueron más que motivos suficientes para que *Marquesito* se arrojase en brazos del puntillero, que acertó á la primera manifestación. Este último acto del drama social que en vida desarrolló el torete, estuvo amenizado por tres pases naturales, cuatro con la derecha y varios telonazos.

En la precipitación *Galindo* tomó, sin duda, el estoque por una punta de París, y á poco se la remacha en el interior del torete.

El país tocó palmadas al Juanillo,
porque estuvo valiente el tal chiquillo.

BONITO.

Negro, zaíno, bien puesto, con muchos piés y de bonita lámina, tal fué el sucesor en los cuernos y demás del malogrado *Marquesito*. Duro, seco y de poder, se arrimó cuatro veces al *Artillero*, tres al *Sastre*, dos á Bartolesi y una á Juan Calderón. Dichos señores se repartieron equitativamente el total de seis desprendimientos, con que fueron galantemente obsequiados por el de Carreros.

Tres jacos, procedentes de liquidación por ausencia de los dueños, perecieron víctimas de su consecuencia política.

En dos quites anduvieron oportunos los matadores; en los demás el Supremo Hacedor dejó sentir su benéfica influencia.

Un mancebo, que vestía terno azul oscuro con cabos de plata y cuyo nombre sentimos no recordar, tuvo unas palabras con el *Bonito*, y gracias al oportuno capote de *Galindo*, que cortó el viaje á la fiera, no tuvimos que lamentar los resultados de una cuestión de trascendencia.

Rico y el *Moños* salieron á parear á la res, que se quedaba un poco, efecto sin duda de habérsela apurado mucho en la suerte de varas.

El primero se fué al toro y puso un par de rehiletes de pura fantasía.

El par quedó suspendído
en la región del *vacido*.

Después dejó en el toro medio par á la media vuelta, y aluego otro á la vuelta y media. Su compañero. por no ser menos, clavó un palito á la o'50 de vuelta también.

Desde el año presente hasta los celtas
jamás ha dado nadie tantas vueltas.

Y como en este mundo todo se pega, menos la salud, Frascuelo se encargó de demostrarnos la verdad del proverbio, haciendo una encarnizada competencia á los ya citados sujetos. Esto quiere decir que el baile continuó en todo su esplendor durante la muerte de *Bonito*, al cual le debía parecer todo aquello una encarnación de la danza Macabra.

Siete pases con la derecha fueron suficientes para que el matador se tirase de cabeza á la barrera—asilo, acosado de cerca por la res.

Ocho con la derecha y vuelta al callejón y el toro detrás para demostrar, sin duda, á Paco lo frágil y deficiente de todo lo humano, aunque esto sea una valla de algunos pies de altura. Un pinchazo, tirándose á matar desde la vecina República, media estocada tendida, volviendo la cara por evitarse tal vez la vista de tales *espectáculos*, y una honda, que resultó buena por casualidad, como otros resultan á lo mejor diputados ó algo así, concluyeron con la existencia del *Bonito* y con la paciencia de los resignados oyentes.

Gangrena produjo á la primer dosis sus mortíferos resultados.

CONFITERO

llamaban al tercero.

Negro, listón, meano y con buenas armas, salió revoltoso y con ganas de quimera.

Dos varas le habían puesto entre el *Sastre* y el *Artillero*, cuando al salir de una de ellas le tomó *Lagartija* con el capote; dos verónicas y una de farol dió el diestro muy sobre corto y perdiendo terreno, hasta que al rematar el último lance tuvo la desgracia de que se le enredaran los piés en el capote, siendo alcanzado por la res, que le volteó, arrojándole á grande altura, sin que por fortuna torciera su viaje ni siguiese, por lo tanto, al joven matador, que fué conducido á la enfermería, viéndose imposibilitado para continuar la lidia á causa de las lesiones. Un pitonazo leve y una cornada en un muslo, no tan profunda que deje de ser curable en pocos dias.

Desde este momento, la corrida se convirtió en una novillada con vistas á mojiganga, por lo cual pasaremos todo lo de prisa que nos sea posible sobre tanta y tanta calamidad como ayer tuvimos el honor de presenciar.

Tres varas más, dos de ellas buenas, aguantó la res del Sastre, á cambio de una caída digna de figurar entre las escogidas. Cuatro y una colada resultaron de las entrevistas que el toro tuvo con el *Artillero*, que cambió de postura en tres ocasiones, perdiendo además la peana que servía de tribuna á la exposición de sus doctrinas; y por último Juan Calderón metió el brazo en una ocasión, viendo exhalar el último suspiro á la jaca que montaba y que se vino á tierra sin que el ginete se moviera de la silla.

Ojitos, después de pasarse tres veces sin meter los brazos, sufriendo en una de ellas un gran acosón, colgó dos buenos pares á la media vuelta.

Las aspiraciones de *Galindo* se limitaron á dejar en el morrillo un palito, entrando bien el chico al cuarteo.

El *Moños* se vió acosado por el bicho. El muchacho se dejó caer de cabeza al callejón, del que salió cojo sin duda por contragolpe.

En el prmer pase de los once naturales que empleó *Frascuelo* en la brega de *Confitero*, sufrió un desarme, que fué el preludio de todos los sufrimientos que experimentamos tantos y tantos caballeros que no habíamos cometido más delito que el de pagar treinta reales para hacernos reos de semejantes tribulaciones. Tres pases más con la derecha, dos de telón, siete altos y cinco medios pases sirvieron así como de entremes á una estocada delantera, que el toro escupió en obsequio á la moral social, y á un pinchazo que ni el toro ni nosotros pudimos ver de donde vino, por estar sin duda distraídos.

El matador, por fin, alzó el robusto brazo, tendió la espada y... atizó un sablazo.

El puntillero á la primera.

PAÑUELERO, *núm.* 65.

Negro, bragao, apretao y vuelto de cuerna, aguantó una buena vara de Calderón, á cambio de una caída y de un caballo que de fijo no pasaba de los treinta, y tres de Bartolesi que bajó también en una ocasión.

«hasta tocar, en su delirio loco,
el polvo miserable non la frente»,

que dijo el poeta hablando de otros asuntos, no tan serios como los presentes. El infrascrito dejó en una ocasión medio metro de vara dentro del cuerpo de la res, suerte que con gran aprovechamiento había ejecutado también en el toro próximo pasado. Parecían los animalitos esas corbatas de moda con la alfilerita y todo al costado.

Dos pares dejó *Moños* al cuarteo y uno Manolín en la propia forma. Gustaron poco por habernos ya casi acostumbrado á los del sistema veleta, es decir, á los de vuelta con variaciones.

Cogió los trastos Frascuelo
y aquí empieza la gorda, santo cielo.

Un pase con la derecha, diez y seis altos, ocho de telón, uno en redondo, varios medios y después:

1.º Una pasada sin herir, sufriendo un desarme.

2.º Otro idem idem.

3.º Un pinchazo con id. (idem quiere decir desarme y todo lo malo que á ustedes se les ocurra).

4.º Otro pinchazo á la carrera.

5.º Media estocada algo delantera al volapié, ó al volapuk, mejor dicho.

6.º Otra contraria y caída.

7.º Un pinchazo y otro desarme.

8.º Otro id. id.

9.º Otro pinchazo.

10. Otra estocada baja con desarme.

11. Otra á la media vuelta, que vino á parar en el talle del animal.

12. Un intento de descabello.

13. Otro idem á pulso.

14. Un golletazo monstruo.

15. Un puntillazo del cual es autor el propio Frasquito.

Y por último, el puntillero acierta con el flaco del ya á modo de toro estando éste de pié, lo cual que lo consentimos nosotros, y el señor Presidente, que votó con la mayoría.

Durante la brega de este bicho, un mono sabio que se vió perseguido de cerca por la res, se tiró de cabeza al callejón, y una vez dentro dió algunos *pasos* sobre la coronilla; el toro presenció enternecido aquel conmovedor espectáculo.

El quinto.—Se llamaba *Bonito*, y lo era de verdad. Colorao, ojalao y de hermosa lámina, salió al ruedo sin que hubiera en él ningún matador, pues el señor Presidente había llamado á su palco al Frascuelo, para felicitarle sin duda.

El toro salió abanto y con menos facultades que sus ya finados hermanos.

Cuatro puyazos mete Bartolesi, que ejerce de pisón en activo en tres momentos históricos, sucesivos y distintos. Calderón moja en dos ocasiones, siguiendo en una la senda que su colega le trazara, y Miguelito arrima un puyazo de los de superior, saliendo en dirección á la madre tierra con una velocidad inicial superior á la de un exprés ganando horas.

Eusebio Martínez dedica un par á las regiones siderales, y después de una pasada, deja un par desigual al cuarteo y medio á la media vuelta. Ojitos sale del atranco con un palito en la misma forma, despues de pasarse dos veces sin meter los brazos.

Frascuelo cede la muerte de este toro, no ya al sobresaliente, sino á su particular amigo y consecuente banderillero Galindo. El presidente autoriza la trasferencia.

Y cuando él se lo hizo
ya tendría su porqué.

Seis pases naturales, uno con la derecha, dos altos, uno de telón y un buen cambio, más cinco pinchazos, una estocada á la carrera, honda, y otra caída hasta la mano, pusieron término al padecer del *Bonito*.

El puntillero á la primera.

ZABARRO de nombre.
ligero de pies
y negro de pelo,
así fué la res.

Que además tenía voluntad y cabeza para servir á ustedes, y á Bartolesi á quien proporcionó tres caídas monumentales en tres puyazos que arrimó el hombre: pedir más sería abusar, en mi concepto al menos. Dos varas puso además Calderón y una Miguelito. *Ojitos* estuvo oportunísimo en algunos quites y *Galindo* superior en uno. Los chicos alcanzaron una gran ovación. Dos jacos fallecieron, ó fueron fallecidos por el *Zabarro*.

Manolín, después de pasarse tres veces, deja un par al cuarteo, y medio el *Moños*, al relance.

Cuando *Ojitos* cogió los trastos, la noche había cerrado por completo, y como la luna sale tarde, sólo pudimos notar que el chico se acercaba y que arrastraron al toro.

Resumen.

La corrida en general, muy mala.
El ganado bueno y bien criado.
De los picadores, el *Sastre*.
De la gente de infantería, el puntillero.
La presidencia, á medias.
El servicio de plaza y de caballos, detestable.
De éstos se arrastraron 16.
Es decir, los arrastraron.
La entrada; un lleno.

Por ver cosas iguales
daremos el domingo treinta reales.

CERILLA.

M.E.C.D. 2017